y habiéndose dado la señal, embístenle por todas partes los que le esperaban. Cuantos con él venian fueron muertos; Jugurta atado y entregado á Sila, quien lo condujo á Mario.

Por este tiempo nuestros capitanes Quinto Cepion y Marco Manlio fueron rotos por los Galos, cuya noticia hizo estremecer á toda Italia; por lo que ya entónces, y hasta nuestra edad, solia decirse que todo lo demas era fácil de superar al valor de los Romanos, pero que con los Galos no se peleaba por ganar gloria, sino por la libertad y por la vida. Mas cuando se supo en Roma que se habia concluido la guerra de Numidia, y que traian preso á Jugurta, Mario fué reelegido Cónsul en ausencia, y se le encargó la administracion de la Galia. Llegado á Roma, triunfó con grande aplauso en las Calendas de Enero, primer dia de su nuevo consulado; y desde aquel tiempo estaban puestas en él todas las esperanzas y la felicidad de la República.

FRAGMENTOS
DE LA GRANDE HISTORIA.

FRAGMENTOS
DE LA GRANDE HISTORIA.

DISCURSO
DE M. EMILIO LÉPIDO AL PUEBLO ROMANO
CONTRA SILA.

Vuestra clemencia y probidad, ¡oh Quirites! que os hacen famosos y esclarecidos entre las gentes extrañas, me infunden más temor á la tiranía de Sila. Quizá resistiéndoos á creer de otros los hechos que juzgais nefandos, seais engañados (sobre todo cuando él funda sus esperanzas en el delito y en la perfidia, y no se juzga seguro si no se muestra peor y más odioso que lo que temeis vosotros, para que la desgracia quite á vosotros, cautivos, el cuidado de la libertad); y si procurais evitarlo, esteis más ocupados en defenderos de los peligros que en vengaros. Sus satélites, hombres de esclare-

cido linaje é insignes por las acciones de sus antepasados, compran con su esclavitud el privilegio de tiranizaros (cosa de que no acabo de admirarme), prefiriendo esta doble esclavitud al derecho de obrar libremente y segun ley. ¡Ilustre descendencia de los Brutos, Emilios y Lutacios, nacida para destruir lo que sus mayores con el valor edificaron! ¿Qué otra cosa se defendió contra Pirro, Aníbal, Philipo y Antíoco, sino la libertad y la casa de cada uno, y el obedecer tan sólo á las leyes? Todo esto lo retiene este cruel Rómulo, como si lo hubiera conquistado de los extraños, sin saciarse con la destruccion de tantos ejércitos, ni de los cónsules y varones principales con quienes ha acabado la guerra; sino tanto más cruel, cuanto más feliz, siendo así que la felicidad suele convertir la ira en misericordia. Él sólo, en cuanto recuerda la memoria humana, impuso suplicios á los que áun no habian nacido, recayendo en ellos la injuria ántes que la vida; y ahora, seguro con la impunidad de sus crímenes, se despeña á toda maldad, miéntras vosotros, temiendo más grave esclavitud, teneis miedo á empeñaros en recobrar la libertad.

¡Oh Quirites! conviene resistir, para que

vuestros despojos no caigan en sus manos. No se ha de dilatar la empresa, ni pedir auxilios, ni importunar á los Dioses con plegarias, á no ser que espereis que cansado ó avergonzado de la tiranía renuncie él con peligro propio la dominacion adquirida con el crímen. Pero él ha llegado á tal punto, que no estima glorioso sino lo seguro, y todo lo juzga honesto con tal que contribuya á afirmar su dominacion. Aquel reposo y ocio con libertad, que muchos preferian á los honores con trabajo, vienen á quedar reducidos á nada. En tal conflicto hay que servir ó mandar: hay que tener miedo ó infundirle, ¡oh Quirites! Además, ¿qué ley humana ó divina no ha sido violada? El Pueblo romano, moderador ántes de las gentes, despojado ahora de su imperio, gloria y derechos, sin medios de accion, despreciado, ni siquiera conserva los recursos y alimentos serviles. Gran parte de los aliados y de los moradores del Lacio, á quienes por sus muchas y excelentes hazañas habiamos concedido la ciudadanía, son excluidos de ella por voluntad de uno solo, y unos pocos satélites han ocupado los patrios lares de un pueblo inocente, como premio de sus delitos. Las leyes, los juicios,

el erario, las provincias, los reyes, están en poder de uno solo: lo mismo la vida ó muerte de los ciudadanos. Habeis visto víctimas humanas y sepulcros teñidos en sangre. ¿Queda á los romanos otro recurso que castigar la injuria ó morir con valor, ya que la naturaleza ha impuesto á todos los hombres (áun defendidos por el hierro) el mismo fin, y nadie, á no tener condicion mujeril, espera el término de su vida sin defenderse?

Pero yo soy sedicioso, segun Sila dice, porque busco el premio de las turbas; soy amigo de la guerra, porque pido los derechos de la paz. Será porque no podeis estar salvos ni seguros en el Imperio si Vettio Picentino ó el scriba Cornelio no malgastan los bienes ajenos, si no aprobais las proscripciones de los inocentes, sólo por sus riquezas, los suplicios de tanto varon ilustre, las devastaciones y matanzas de la ciudad, los bienes de los infelices ciudadanos puestos en venta ó donados, como si fuesen despojos de los Cimbrios.

Me objeta Sila que tambien tengo yo bienes de los proscriptos. Como si no hubiera sido el mayor de sus crímenes el haber obligado á mí y á los demas, por temor, á comprarlos. Y sin embargo, lo que entónces compré por temor, ofrezco restituírselo á su dueño; ni consentiré jamás que se haga presa de los bienes de los ciudadanos. Basta haber tolerado que los Romanos se despedazasen entre sí, y que volviésemos contra nosotros las armas que debian emplearse contra nuestros enemigos. Basta de afrentas y delitos, aunque todavía no se arrepiente de ellos Sila, ántes los tiene por gloria, y si pudiera, los haria mayores. Más bien temo que tengais poca confianza en vuestras fuerzas que miedo de las suyas; quizá, esperando que alguno dé la señal, seais vencidos ántes, no por sus fuerzas, que son débiles y han venido á ménos, sino por vuestra desidia. Fuera de algunos satélites deshonrados, ¿quién le defiende? ¿quién no desea verlo cambiado todo despues de la victoria? ¿Quizá los soldados? Su sangre ha pagado las riquezas de Tarrullo y Scyrro, infames esclavos. ¿O aquellos á quienes se ha preferido para las magistraturas un tal Fusidio, torpísimo y lujurioso, escándalo de todas las dignidades? Confío mucho en un ejército vencedor que despues de tantos trabajos y heridas, sólo ha ganado un tirano. A no ser que por armas

pretendan destruir la potestad tribunicia establecida por sus mayores, y arrebatar para sí el derecho de los juicios. ¡Gran premio tendrian, desterrados á las lagunas y á los bosques, contemplando su infortunio y vergüenza y que el premio habia recaido en unos pocos!

¿Por qué anda Sila con tanto ánimo y con una guardia tan considerable? Porque la felicidad sirve para ocultar los vicios; pero cuando la desgracia viene, el que ántes era más temido, es entónces más despreciado. Quizá se escude con los pretextos de concordia y paz (nombres que da á su maldad y parricidio) y diga que no tendrá fin la guerra para el Pueblo romano, si no se expulsa de sus tierras á la plebe (víctima de la guerra civil) y no cae en manos de él todo el imperio y potestad que ántes tenía el Pueblo romano. Si esto os parece paz y concordia, dad vuestra aprobacion al desórden y ruina de la República, asentid á las leyes que se os han impuesto, recibid la paz y la esclavitud, y enseñad á los venideros que el Pueblo romano se hace siervo á costa de su propia sangre. Yo, aunque con la potestad que tengo satisfago bastante á la dignidad de mis ma-

yores y á mi propia seguridad, no pienso atender á mis intereses privados, y prefiero la libertad entre peligros á la quieta esclavitud. Si aprobais mi parecer, asistidme, ¡oh Quirites! y con el favor de los Dioses, sigamos á M. Emilio, cónsul, jefe y cabeza en este empeño de recuperar la libertad.

DISCURSO

DE L. FILIPO CONTRA LÉPIDO.

Quisiera ¡oh Padres conscriptos! ver tranquila la República, ó que se pudiera defender con presteza por todos en los peligros, y que las maquinaciones contra ella fuesen perniciosas para sus propios autores. Ahora, por el contrario, donde quiera hay sediciones, y las promueven quienes más debian impedirlas, y los buenos y sabios tienen que hacer lo que los malos y necios disponen. Aborreciendo vosotros la guerra y las armas, teneis que tomarlas porque á Lépido se le antoja, á no ser que determineis darle la paz y permitirle la guerra. ¡Oh Dioses que velais aún por esta ciudad! M. Emilio, el peor de todos los malvados, hasta el punto de no poder encontrarse otro más infame ni aborrecible, ha reunido un ejército para

acabar con la libertad: ántes era despreciado, ahora es temido; vosotros, murmurando y vacilando, fiados en los vaticinios y cantos de los augures, más bien deseais que defendeis la paz, sin comprender que la flojedad en vuestros decretos á él le quita el miedo y á vosotros la dignidad. Y con razon: puesto que él ha obtenido con las rapiñas el consulado, con la sedicion la provincia y el ejército, ¿qué hubiera alcanzado con beneficios el que tanto ha logrado con maldades? ¿Por ventura los que hasta el fin han decretado embajadas, paz y concordia, habrán obtenido gracia ante él? De ningun modo: ántes los ha despreciado y tenido por indignos de gobernar, y condenado á ser presa suya, puesto que pedian la paz con el mismo temor con que la habian perdido. Desde que le vi sublevar la Etruria, llamar á los proscriptos, reformar la República con dones y prodigalidades, creí que convenia obrar con presteza, y seguí, con otros pocos, el parecer de Catulo. Pero los demas, ensalzando los beneficios de la gente Emilia al Pueblo romano y lo mucho que con su clemencia habian engrandecido el poder de nuestra ciudad, decian que Lépido no se habia sublevado todavía, cuando ya tenía alzado un ejército por su propia autoridad para destruir las libertades públicas. Todos ellos, buscando patrocinio y ayuda, extraviaron la opinion pública. Entónces era Lépido un ladron, á quien sólo seguian unos pocos bandidos y sicarios que daban su vida por el sueldo diario: ahora es procónsul y tiene autoridad, no comprada, sino dada por vosotros, con legados que por ley tienen que obedecer sus órdenes. A sus banderas han acudido todos los hombres perdidos, devorados por el hambre y por los apetitos, ó perseguidos por su mala conciencia; aquellos cuya quietud está en las sediciones, cuya paz estriba en las turbulencias; hombres que de un tumulto hacen nacer otro, de una sedicion otra sedicion. A ellos se han reunido los parciales de Saturnino, los satélites de Mario y Damasipo, y últimamente los de Lépido. Además, la Etruria remueve las cenizas de la guerra pasada: España está desasosegada y vuelve á las armas: Mitrídates se prepara á hacer guerra á nuestros tributarios, en cuyos recursos todavía confiamos. Nada falta para destruir nuestro Imperio, sino un caudillo hábil.

Por tanto, os ruego y suplico, ¡oh Padres

conscriptos! que no permitais que el contagio se comunique á los que áun están libres. Cuando se premia á los malos, nadie quiere ser bueno gratuitamente. ¿Esperais que, moviendo otra vez su ejército, devaste Lépido la ciudad á sangre y fuego? Más cerca se halla esto de su actual condicion que lo estaba la paz y concordia, de la guerra civil, que él empezó contra toda ley divina y humana, no para vengar injurias propias ó de otros (como él finje), sino para acabar con la libertad y las leyes. Angustian y afligen su ánimo la ambicion y el temor: falto de consejo, no acierta á decidirse: teme la paz, odia la guerra, ve que le faltarán el lujo y la licencia, y entre tanto, abusa de vuestra debilidad. No sé si llamarlo miedo, cobardía ó demencia: cada uno de vosotros desea que no le toque el rayo que va á caer sobre nosotros; pero nadie se empeña en impedirlo. Mirad cuán trocada está la naturaleza de las cosas. Antes se preparaban los males ocultamente, y en público la defensa; y así vencian fácilmente los buenos á los malos: ahora se destruyen en público la paz y la concordia, y hay que defenderlas ocultamente. Los enemigos están armados, vosotros temerosos.

¿Qué esperais? Quizá os avergonceis ó arrepintais de obrar bien. ¿Os hacen fuerza las órdenes de Lépido, cuando pide que se restituyan á cada uno sus bienes, y él retiene los ajenos; que se anulen los derechos de la guerra, y él sigue levantado en armas; que se conceda el derecho de ciudadanía á los que él niega que le hayan perdido, ó que se restablezca la potestad tribunicia (en favor del pueblo), de la cual han nacido todas nuestras discordias? ¡Oh pésimo é impudentísimo ciudadano! ¿Qué te importan á tí la pobreza ni las lágrimas ajenas, cuando todo lo que en tu casa posees es adquirido por armas ó injuria? Pides un segundo consulado, como si hubieras dado cuenta del primero; buscas la concordia por medio de la guerra; eres traidor á nosotros, infiel á los tuyos, enemigo de todos los buenos. No tienes respeto á los hombres ni á los Dioses, á quienes ultrajaste con tus perfidias y sacrilegios. Puesto que así eres, sigue en tu parecer, no depongas las armas; te exhorto á ello, no sea que promoviendo contínuas sediciones nos tengas siempre en zozobra. No te quieren por ciudadano ni las provincias, ni las leyes, ni los Dioses Penates. Sigue tu camino, y

pronto hallarás tu merecido. ¿Y vosotros, Padres conscriptos, hasta cuándo dejareis indefensa la República y usareis las palabras en vez de las armas? Contra vosotros se han hecho levas militares, se han exigido y cobrado impuestos, se han mudado las guarniciones, á la ley ha sustituido el capricho, y entre tanto, no sabeis salir de embajadas y decretos. Cuanto más busqueis la paz, más dura será la guerra, cuando vea él que se le resiste más por miedo que por amor á la justicia. Los que dicen odiar las turbulencias y guerras civiles, para que delante de Lépido armado permanezcais inermes, quieren que tolereis la suerte de los vencidos en lugar de imponerla. A vosotros aconsejan la paz, á él la guerra contra vosotros.

Si esto os agrada, si tal torpeza se ha apoderado de vuestros ánimos, que olvidais los delitos de Cinna, con cuya vuelta á Roma se deshonró para siempre vuestro órden, ¿por qué no os entregais á Lépido con vuestras mujeres é hijos? ¿para qué necesitais decretos? ¿para qué el auxilio de Catulo? En vano él y otros buenos trabajan por la salvacion de la República. Haced lo que querais: buscad el patrocinio de Cetégo y otros traidores

que desean volver á comenzar la rapiña y el incendio, y armar sus manos contra los Dioses Penates. Si preferís la libertad y la verdad, tomad una resolucion digna de vuestro nombre, y alentad el valor de estos fuertes ciudadanos. Teneis un ejército nuevo, colonias de soldados veteranos, toda la nobleza, excelentes caudillos. La fortuna acompaña siempre á los mejores. Esas fuerzas que vuestra debilidad ha permitido reunirse, pronto se disiparán. Mi opinion es que si Lépido ha levantado un ejército por autoridad propia, conjurándose con los peores enemigos de la República, y á su frente se encamina contra Roma, á pesar de vuestros decretos y autoridad; Apio Claudio, *interey*, con el procónsul Quinto Catulo y los demas magistrados, defiendan la ciudad, y cuiden de que la República no padezca ningun detrimento.

CARTA

DE CNÈO POMPEYO AL SENADO.

Si contra vosotros y la patria y los Dioses Penates hubiese yo tolerado tantos trabajos y peligros cuantos he padecido desde la primera juventud para derrotar á vuestros enemigos y procurar vuestra salvacion, no hubierais hecho, oh Padres conscriptos, nada contra mí en ausencia más de lo que habeis hecho ahora despues de haberme arrojado, á pesar de mi edad, á una guerra crudísima, con un ejército excelente, exponiéndole, en cuanto ha estado de vuestra parte, al hambre y á una miserable muerte. ¿Con esta esperanza mandó el Pueblo romano sus hijos á la guerra? ¿estos son los premios de tantas heridas y tanta sangre derramada? Cansado de escribir y de enviar legados, gasté todos mis recursos y esperanzas personales, miéntras que

en tres años no me habeis pagado ni siquiera el sueldo de uno. ¡Por los Dioses inmortales! ¿Creeis que puedo hacer las veces del erario ó mantener el ejército sin trigo ni estipendio? Confieso que partí á esta guerra con más aficion que prudencia, puesto que recibiendo de vosotros el título de general, preparé el ejército en cuarenta dias, y arrojé desde los Alpes á España á los enemigos que amenazaban ya la Italia; por los Alpes me he abierto un camino más fácil que el de Aníbal; he reconquistado la Galia, el Pirineo, la Laletania, el país de los Ilergetes; he resistido por primera vez con pocos soldados y bisoños el ímpetu de Sertorio, y he pasado el invierno en campaña entre crudísimos enemigos, no en las ciudades, segun yo deseaba. ¿Para qué he de enumerar las batallas, ni las expediciones de invierno, ni las conquistas, cuando más valen los hechos que las palabras? El campamento de los enemigos sorprendido cerca del Júcar; la batalla á orilla del Duero, y la derrota del jefe de los enemigos, Cayo Herennio, con su ejército y la ciudad de Valencia, os son bastante conocidos. En pago nos disteis, oh Padres conscriptos, pobreza y hambre. La misma condicion tengo yo que

mi ejército: á uno y á otro se niega el estipendio: uno y otro pueden volver vencedores á Italia. Os ruego, pues, y os suplico que no me obligueis á atender por mi cuenta á la inminente necesidad. Sertorio y nosotros hemos devastado la España citerior, fuera de las ciudades marítimas, que nos proveen de carga y víveres. La Galia en el año anterior ha alimentado y provisto de trigo á los soldados de Metelo, y ahora padece carestía. Yo he gastado mi hacienda y mi crédito. Sólo restais vosotros; si no me socorreis, á pesar de mi voluntad, os lo anuncio, tendré que levantar el ejército y trasladar á Italia la guerra de España.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO